

## Que se note

POR LUISGE MARTIN

**H**ace poco terminé de escribir una novela que, si nadie lo remedia a tiempo, aparecerá publicada en los próximos meses. La novela, de tema político, tiene un desarrollo policial, con aires de género negro más o menos recocinado. Está escrita en primera persona, y, aunque nunca me han pasado cosas semejantes a las que ocurren en la historia (mi vida es mucho más insustancial), comparto algunos de los rasgos del narrador protagonista, que se llama como yo, anda en la cuarentena, escribe libros y está casado con un hombre. La novela trata de temas muy pomposos: la revolución, las oligarquías, las clases sociales, la traición, la codicia y la libertad.

No cuento todo esto para hacerme publicidad, sino para prologar el meollo del asunto. El editor, como hace siempre, envió la novela a uno de sus lectores de confianza para que le preparara un informe. Los lectores editoriales –para quien no lo sepa– son individuos supuestamente dotados de criterio intelectual y de buen juicio que examinan los manuscritos y hacen sugerencias para mejorarlos. Casi siempre leen las novelas sin saber quién las ha escrito para que su distancia y su “objetividad” sean más fundadas. Como el autor está embebido en su propia narración y sus amigos no suelen juzgarle con imparcialidad, el lector profesional cumple la tarea de poner los puntos sobre las íes y los rabos sobre las eñes.

Aunque no es costumbre hacerlo, el editor me dio a leer el informe sobre mi novela. No voy a detallar los elogios, los reproches y las disquisiciones que había, pues no vienen al caso. Solo una frase: “Lo único que no encaja en el narrador es su homosexualidad. Se refiere a ella en un par de ocasiones y no se entiende a qué viene”. No conozco a este lumbreira, pero al parecer es culto, trabaja como profesor de literatura en un instituto y tiene un bagaje intelectual apreciable. Mi editor no es pacato ni retrógrado, de modo que deduzco que el lector, elegido por él para aconsejarle en algunos asuntos, no será uno de esos meapilas que prefieren los misales a las novelas, sino, más bien al contrario, un individuo de izquierdas, poco convencional y sin muchos prejuicios. Sin duda forma parte de ese 70% de españoles que aprueba el matrimonio gay, pero yo diría que incluso pertenece al 40% al que le indigna la actitud manipuladora y teocrática con que la Iglesia católica encara el asunto. Y sin embargo, no entiende “a qué viene” la homosexualidad de alguien.

¿Podríamos decir que esta persona es homófoba? Sería una exageración retórica y quizás hasta un disparate. Es probable que tenga buenos amigos gays, que defienda su causa y que admire su cora-

je. Que sea, como se dice en ese lenguaje posmoderno ya un poco rancio, *gay friendly*. Vivimos en un país que tiene un sistema legal casi inmejorable en lo que se refiere a los derechos de los homosexuales y una población que, a pesar del olor a incienso y sacristía que aún queda, es mayoritariamente tolerante con las cuestiones de alcoba. Pero a pesar de ello, las costras mentales –que a veces parecen pústulas o forúnculos– tardarán mucho tiempo en caerse. En todo tipo de personas, no solo en obispos y en monaguillos. Hace cuatro o cinco años, una escritora progresista, cultivada y bastante libertina me dijo, al enterarse de que yo era gay, esa majadería tan habitual: “Pero cómo es posible, si no se te nota nada”. Y hace poco, un amigo al que podría calificar de cualquier cosa menos de homófobo, se quejaba de unas compañeras de trabajo que estaban todo el día, como en pose, frecuentando locales de Chueca y alabando el *gay lifestyle*.

Estos son los bueyes con los que tenemos que arar y no merece la pena lamentarse de ello. Como decía Ortega, los esfuerzos inútiles solo conducen a la melancolía. Debo confesar que cuando leí el informe me vinieron unas ganas bastante coléricas de explicarle en persona al lector (siempre que fuera guapo, eso sí) a qué venía la homosexualidad del personaje, pero cuando se me pasó el enfado traté de disculparle. Uno hace lo que puede con sus fantasmas y con sus ofuscaciones, y el lector, sin duda, no pudo entender al sumergirse en la novela qué necesidad tenía el protagonista de ser gay, habiendo como hay tantas chicas guapas en el mundo y en la historia de la literatura. Si al menos hubiera tenido algún trauma de infancia causado por su homosexualidad que influyera en el desarrollo de la trama o hubiese en el argumento algún crimen pasional de maricones escocidos, entonces habría podido comprenderlo todo. Pero así porque sí, sin funcionalidad narrativa ni intencionalidad psicológica, hay que ser muy sodomita para entenderlo. Y este lector debe ser, a lo que parece, un macho bien plantado.

No me burlo ni me lamento. Creo que hemos llegado muy lejos, mucho más de lo que cualquiera de nosotros podía imaginar hace veinte años, cuando nos comprábamos aún armarios con doble fondo y puertas blindadas. Lo que queda solo lo remedia el tiempo, el paso de generaciones que hayan nacido sin costras ni forúnculos. Paciencia y pedagogía. Aunque a veces –lo reconozco– dan ganas de ponerse peineta, zapatos de tacón alto y un vestido escotado con volantes, que es como tienen que vestir los homosexuales de verdad. Para que se les note.

**LUISGE MARTIN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LOS AMORES CONFADOS (ALFAGUARA).**